

Oscar Wilde

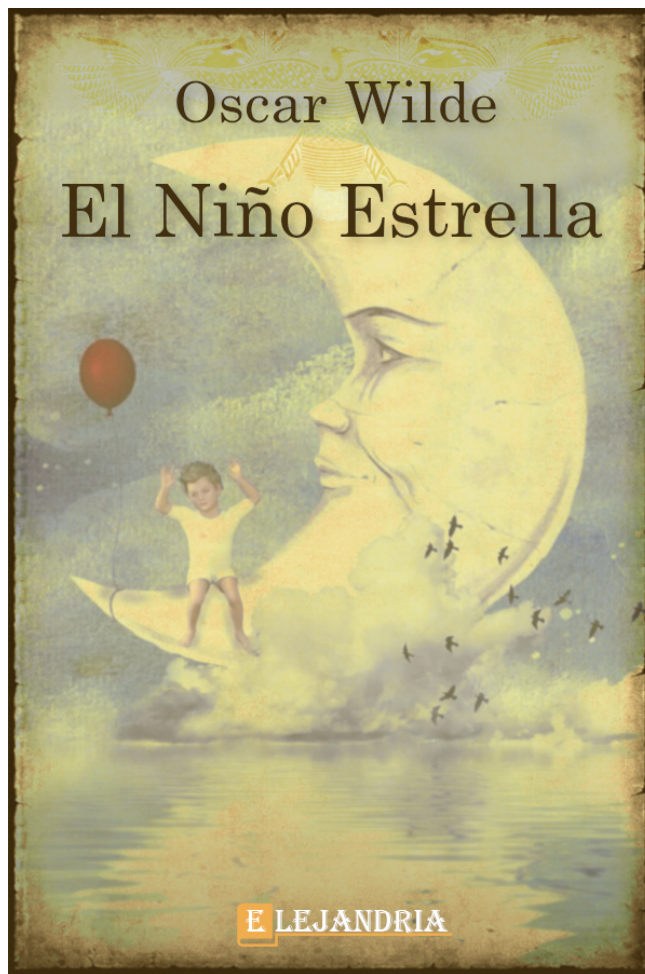
El Niño Estrella



E LEJANDRIA

Oscar Wilde

El Niño Estrella



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL NIÑO ESTRELLA

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1891

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: HOUSE OF POMEGRANATES, THE STAR CHILD

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL NIÑO ESTRELLA

OSCAR WILDE

Érase una vez dos pobres Leñadores que regresaban a casa a través de un gran bosque de pinos. Era invierno, y una noche de frío amargo. La nieve cubría espesa el suelo y las ramas de los árboles: la helada hacía crujir las pequeñas ramitas a cada lado de su paso; y cuando llegaron al Torrente de la Montaña, ella estaba colgando inmóvil en el aire, pues el Rey del Hielo la había besado.

Era tan frío que incluso los animales y los pájaros no sabían qué pensar al respecto.

"¡Ugh!" gruñó el Lobo, mientras cojeaba a través de los matorrales con su cola entre las patas, "este tiempo es absolutamente monstruoso. ¿Por qué no se encarga el Gobierno de ello?"

"Weet! weet! weet!" trinaron los Verderones, "la vieja Tierra está muerta y la han tendido en su sudario blanco."

"La Tierra va a casarse, y este es su vestido de novia," susurraron las Tórtolas entre ellas. Sus pequeñitos pies rosados estaban completamente congelados, pero sintieron que era su deber tomar una visión romántica de la situación.

"¡Tonterías!" gruñó el Lobo. "Os digo que es toda culpa del Gobierno, y si no me creéis, os comeré." El Lobo tenía una mente

completamente práctica, y nunca le faltaba un buen argumento.

"Bueno, por mi parte," dijo el Pájaro Carpintero, quien era un filósofo nato, "no me importa un ápice las explicaciones. Si algo es así, es así, y actualmente hace un frío terrible."

Terriblemente frío, ciertamente lo era. Las pequeñas Ardillas, que vivían dentro del alto pino, se frotaban mutuamente las narices para mantenerse calientes, y los Conejos se acurrucaban en sus madrigueras, y no se atrevían siquiera a asomarse afuera. Los únicos que parecían disfrutarlo eran los grandes Búhos cornudos. Sus plumas estaban completamente rígidas con la escarcha, pero no les importaba, y giraban sus grandes ojos amarillos, y se llamaban unos a otros a través del bosque, "¡Tu-whit! ¡Tu-whooh! ¡Tu-whit! ¡Tu-whooh! ¡Qué tiempo tan delicioso estamos teniendo!"

Avanzando iban los dos Leñadores, soplando enérgicamente sobre sus dedos, y estampando con sus enormes botas con clavos de hierro sobre la nieve compacta. Una vez se hundieron en un profundo montón de nieve, y salieron tan blancos como los molineros cuando las piedras están moliendo; y una vez resbalaron en el hielo liso y duro donde el agua del pantano estaba congelada, y sus fardos se cayeron de sus ataduras, y tuvieron que recogerlos y atarlos de nuevo; y una vez pensaron que habían perdido el camino, y un gran terror se apoderó de ellos, pues sabían que la Nieve es cruel con aquellos que duermen en sus brazos. Pero pusieron su confianza en el buen San Martín, que vela por todos los viajeros, y retrazaron sus pasos, y avanzaron con cuidado, y al fin alcanzaron las afueras del bosque, y vieron, allá abajo en el valle, las luces del pueblo en el que vivían.

Tan alegres estaban por su liberación que se rieron en voz alta, y la Tierra les pareció como una flor de plata, y la Luna como una flor de oro.

Sin embargo, después de que se rieron se entristecieron, pues recordaron su pobreza, y uno de ellos dijo al otro, "¿Por qué nos alegramos, viendo que la vida es para los ricos, y no para tales como

nosotros? Mejor hubiera sido que muriéramos de frío en el bosque, o que alguna bestia salvaje nos hubiera atacado y matado."

"Verdaderamente," respondió su compañero, "mucho se da a algunos, y poco se da a otros. La injusticia ha repartido el mundo, ni hay división igual de nada salvo del dolor."

Pero mientras se lamentaban de su miseria el uno al otro, ocurrió esta extraña cosa. Cayó del cielo una estrella muy brillante y hermosa. Se deslizó por el lado del cielo, pasando por las otras estrellas en su curso, y, mientras la observaban maravillados, les pareció que se hundía detrás de un grupo de sauces que estaban cerca de un pequeño redil para ovejas a no más de un tiro de piedra.

"¡Vaya! ahí hay un garfio de oro para quien lo encuentre," gritaron, y se pusieron a correr, tan ansiosos estaban por el oro.

Y uno de ellos corrió más rápido que su compañero, y lo superó, y se abrió paso a través de los sauces, y salió al otro lado, y ¡he aquí! había realmente algo de oro yaciendo sobre la nieve blanca. Así que se apresuró hacia ello, y agachándose colocó sus manos sobre ello, y era una capa de tejido de oro, curiosamente trabajada con estrellas, y envuelta en muchos pliegues. Y gritó a su compañero que había encontrado el tesoro que había caído del cielo, y cuando su compañero llegó, se sentaron en la nieve, y aflojaron los pliegues de la capa para que pudieran dividir las piezas de oro. Pero, ¡ay! no había en ella oro, ni plata, ni, de hecho, tesoro de ningún tipo, sino solo un pequeño niño que estaba dormido.

Y uno de ellos dijo al otro: "Este es un amargo final para nuestra esperanza, ni tenemos ninguna buena fortuna, pues ¿qué provecho tiene un niño para un hombre? Dejémoslo aquí, y sigamos nuestro camino, viendo que somos hombres pobres, y tenemos hijos propios cuyo pan no podemos dar a otro."

Pero su compañero le respondió: "No, pero sería una mala acción dejar al niño perecer aquí en la nieve, y aunque soy tan pobre como

tú, y tengo muchas bocas que alimentar, y poco en la olla, aún así lo llevaré a casa conmigo, y mi esposa se hará cargo de él."

Con mucha ternura tomó al niño, envolvió la capa alrededor de él para protegerlo del duro frío y se dirigió colina abajo hacia el pueblo, mientras su compañero se maravillaba mucho de su insensatez y suavidad de corazón.

Y cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo: "Tú tienes al niño, por lo tanto, dame la capa, pues es justo que compartamos."

Pero él le respondió: "No, pues la capa no es ni mía ni tuya, sino solo del niño," y le deseó buena suerte, y fue a su propia casa y llamó.

Y cuando su esposa abrió la puerta y vio que su marido había vuelto sano y salvo a ella, lo rodeó con sus brazos y lo besó, y tomó de su espalda el haz de leña, y le sacudió la nieve de las botas, y le pidió que entrara.

Pero él le dijo: "He encontrado algo en el bosque, y te lo he traído para que lo cuides," y no se movió del umbral.

"¿Qué es?" ella gritó. "Muéstramelo, pues la casa está vacía, y necesitamos muchas cosas." Y él echó la capa hacia atrás, y le mostró al niño dormido.

"¡Ay, buen hombre!" murmuró ella, "¿no tenemos ya hijos propios, que debes traer un niño cambiado a sentarse junto al hogar? ¿Y quién sabe si no nos traerá mala suerte? ¿Y cómo lo cuidaremos?" Y estaba enfadada contra él.

"No, sino que es un Niño Estrella," él respondió; y le contó la extraña manera de encontrarlo.

Pero ella no se dejó apaciguar, sino que se burló de él, y habló con enojo, y gritó: "Nuestros hijos carecen de pan, ¿y alimentaremos al hijo de otro? ¿Quién se preocupa por nosotros? ¿Y quién nos da de comer?"

"No, pero Dios se preocupa incluso por los gorriones, y los alimenta," él respondió.

"¿No mueren de hambre los gorriones en invierno?" ella preguntó. "¿Y no es ahora invierno?"

Y el hombre no respondió nada, pero no se movió del umbral.

Y un viento amargo del bosque entró por la puerta abierta, y la hizo temblar, y ella tiritó y le dijo: "¿No cerrarás la puerta? Entra un viento amargo en la casa, y tengo frío."

"¿No entra siempre un viento amargo en una casa donde el corazón es duro?" él preguntó. Y la mujer no le respondió nada, sino que se acercó más al fuego.

Y después de un tiempo, se volvió y lo miró, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y él entró rápidamente, y colocó al niño en sus brazos, y ella lo besó, y lo acostó en una pequeña cama donde yacía el más joven de sus propios hijos. Y al día siguiente, el Leñador tomó la curiosa capa de oro y la colocó en un gran cofre, y una cadena de ámbar que estaba alrededor del cuello del niño su esposa la tomó y la puso en el cofre también.

Así el Niño Estrella fue criado con los hijos del Leñador, y se sentó en la misma mesa con ellos, y fue su compañero de juegos. Y cada año se volvía más hermoso de mirar, de modo que todos los que vivían en el pueblo se llenaban de asombro, pues, mientras ellos eran morenos y de cabello negro, él era blanco y delicado como marfil aserrado, y sus rizos eran como los anillos del narciso. Sus labios también eran como los pétalos de una flor roja, y sus ojos como violetas junto a un río de agua pura, y su cuerpo como el narciso de un campo donde el segador no viene.

Sin embargo, su belleza le acarreó el mal. Pues se volvió orgulloso, cruel y egoísta. A los hijos del Leñador y a los demás niños del pueblo los despreciaba, diciendo que eran de linaje bajo, mientras que él era noble, al haber surgido de una Estrella, y se hizo amo sobre ellos, llamándolos sus sirvientes. No tenía piedad de los pobres, ni de aquellos que eran ciegos o lisiados o de alguna manera

afligidos, sino que les lanzaba piedras y los expulsaba al camino, y les ordenaba mendigar su pan en otro lugar, de modo que nadie salvo los proscritos volvía dos veces a ese pueblo a pedir limosna. De hecho, estaba enamorado de la belleza, y se burlaba de los débiles y desfavorecidos, y se reía de ellos; y a sí mismo se amaba, y en verano, cuando los vientos estaban calmados, se acostaría junto al pozo en el huerto del sacerdote y miraría hacia abajo al milagro de su propio rostro, y reiría por el placer que tenía en su hermosura.

A menudo el Leñador y su esposa le reprendían, y decían: 'No te tratamos como tú tratas a aquellos que están desolados, y no tienen quién los socorra. ¿Por qué eres tan cruel con todos los que necesitan piedad?'

A menudo el viejo sacerdote lo llamaba, y buscaba enseñarle el amor por las cosas vivas, diciéndole: 'La mosca es tu hermana. No le hagas daño. Los pájaros salvajes que vagan por el bosque tienen su libertad. No los atrapes para tu placer. Dios hizo al gusano ciego y al topo, y cada uno tiene su lugar. ¿Quién eres tú para traer dolor al mundo de Dios? Incluso el ganado del campo lo alaba.'

Pero el Niño Estrella no hacía caso de sus palabras, sino que fruncía el ceño y se burlaba, y volvía con sus compañeros, y los lideraba. Y sus compañeros lo seguían, pues era bello, y rápido de pie, y podía bailar, y tocar la flauta, y hacer música. Y dondequiera que el Niño Estrella los llevaba, ellos lo seguían, y lo que el Niño Estrella les ordenaba hacer, eso hacían. Y cuando con una caña afilada perforaba los ojos oscuros del topo, ellos reían, y cuando lanzaba piedras al leproso también reían. Y en todas las cosas los gobernaba, y se volvieron duros de corazón igual que él.

Ahora, un día pasó por el pueblo una pobre mujer mendiga. Sus ropas estaban rotas y andrajosas, y sus pies sangraban por el áspero camino por el que había viajado, y estaba en muy mal estado. Y estando cansada, se sentó bajo un castaño para descansar.

Pero cuando el Niño Estrella la vio, dijo a sus compañeros: '¡Mirad! Allí se sienta una repugnante mendiga bajo ese árbol bello y de hojas verdes. Venid, expulsémosla de aquí, pues es fea y de mal aspecto.'

Así que se acercó y le lanzó piedras, y se burló de ella, y ella lo miró con terror en sus ojos, sin apartar su mirada de él. Y cuando el Leñador, que estaba partiendo leña en un solar cercano, vio lo que el Niño Estrella estaba haciendo, corrió hacia él y lo reprendió, y le dijo: 'Seguramente eres duro de corazón y no conoces la misericordia, ¿qué mal te ha hecho esta pobre mujer para que la trates de esta manera?'

Y el Niño Estrella se puso rojo de ira, y golpeó el suelo con su pie, y dijo: '¿Quién eres tú para cuestionarme lo que hago? No soy hijo tuyo para hacer tu voluntad.'

'Hablas verdad,' respondió el Leñador, 'pero aún así te mostré piedad cuando te encontré en el bosque.'

Y cuando la mujer escuchó estas palabras dio un fuerte grito y cayó desmayada. Y el Leñador la llevó a su propia casa, y su esposa la cuidó, y cuando ella despertó del desmayo en el que había caído, le pusieron carne y bebida delante de ella, y le pidieron que se confortara.

Pero ella no quiso comer ni beber, sino que dijo al Leñador: '¿No dijiste que el niño fue encontrado en el bosque? ¿Y no ha sido desde este día diez años?'

Y el Leñador respondió: 'Sí, fue en el bosque donde lo encontré, y hoy se cumplen diez años desde aquel día.'

'¿Y qué señales encontraste con él?' ella gritó. '¿No llevaba sobre su cuello una cadena de ámbar? ¿No estaba envuelto en una capa de tejido de oro bordada con estrellas?'

'En verdad,' respondió el Leñador, 'fue tal como dices.' Y sacó la capa y la cadena de ámbar del cofre donde yacían, y se los mostró.

Y cuando ella los vio lloró de alegría y dijo: 'Es mi pequeño hijo a quien perdí en el bosque. Te ruego que lo llames rápidamente, pues en su búsqueda he vagado por todo el mundo.'

Así que el Leñador y su esposa salieron y llamaron al Niño Estrella, y le dijeron: 'Entra en la casa, y allí encontrarás a tu madre, que te espera.'

Así que él corrió adentro, lleno de maravilla y gran alegría. Pero cuando vio a quien lo esperaba allí, se rió con desdén y dijo: '¿Por qué? ¿Dónde está mi madre? Pues no veo a nadie aquí más que a esta vil mendiga.'

Y la mujer le respondió: 'Yo soy tu madre.'

"Estás loco al decir eso," gritó el Niño Estrella con ira. "No soy hijo tuyo, pues eres una mendiga, fea y andrajosa. Por lo tanto, vete de aquí y no dejes que vea tu rostro desagradable nunca más."

"No, pero tú eres en verdad mi pequeño hijo, a quien di a luz en el bosque," ella lloró, y cayó de rodillas, extendiendo sus brazos hacia él. "Los ladrones te robaron de mí y te dejaron morir," murmuró, "pero te reconocí cuando te vi, y también he reconocido las señales, la capa de tejido dorado y la cadena de ámbar. Por lo tanto, te ruego que vengas conmigo, pues he vagado por todo el mundo en busca de ti. Ven conmigo, hijo mío, pues necesito de tu amor."

Pero el Niño Estrella no se movió de su lugar, sino que cerró las puertas de su corazón contra ella, ni se oyó ningún sonido salvo el sonido de la mujer llorando de dolor.

Y al final él le habló, y su voz era dura y amarga. "Si en verdad eres mi madre," dijo, "hubiera sido mejor que te hubieras quedado lejos y no vinieras aquí a avergonzarme, viendo que yo pensaba que era hijo de alguna Estrella, y no el hijo de una mendiga, como me dices que soy. Por lo tanto, vete de aquí y no te vea más."

"¡Ay! hijo mío," ella lloró, "¿no me darás un beso antes de irme? Pues he sufrido mucho para encontrarte."

"No," dijo el Niño Estrella, "pero eres demasiado repugnante para mirar, y preferiría besar a la víbora o al sapo que a ti."

Así que la mujer se levantó y se fue al bosque llorando amargamente, y cuando el Niño Estrella vio que se había ido, se alegró y corrió de vuelta a sus compañeros de juego para poder jugar con ellos.

Pero cuando lo vieron venir, se burlaron de él y dijeron, "Vaya, tú eres tan repugnante como el sapo, y tan despreciable como la víbora. Vete de aquí, pues no toleraremos que juegues con nosotros," y lo echaron del jardín.

Y el Niño Estrella frunció el ceño y se dijo a sí mismo, "¿Qué es esto que me dicen? Iré al pozo de agua y me miraré en él, y él me dirá de mi belleza."

Así que fue al pozo de agua y se miró en él, y ¡he aquí! su rostro era como el rostro de un sapo, y su cuerpo estaba sellado como una víbora. Y se tiró al suelo sobre la hierba y lloró, y dijo para sí, "Seguramente esto me ha sobrevenido a causa de mi pecado. Pues he negado a mi madre y la he echado, y he sido orgulloso y cruel con ella. Por lo tanto, iré y la buscaré por todo el mundo, y no descansaré hasta que la haya encontrado."

Y vino a él la pequeña hija del Leñador, y puso su mano sobre su hombro y dijo, "¿Qué importa si has perdido tu hermosura? Quédate con nosotros, y no me burlaré de ti."

Y él le dijo, "No, pero he sido cruel con mi madre, y como castigo este mal me ha sido enviado. Por lo tanto, debo irme de aquí y vagar por el mundo hasta encontrarla, y que ella me dé su perdón."

Así que huyó al bosque y llamó a su madre para que viniera a él, pero no hubo respuesta. Todo el día la llamó, y, cuando el sol se puso, se acostó a dormir sobre un lecho de hojas, y los pájaros y los animales huyeron de él, pues recordaban su crueldad, y estaba solo salvo por el sapo que lo miraba, y la lenta víbora que pasaba arrastrándose.

Y por la mañana se levantó, arrancó algunas bayas amargas de los árboles y las comió, y tomó su camino a través del gran bosque, llorando amargamente. Y de todo lo que encontraba hacía la pregunta de si acaso habían visto a su madre.

Le dijo al Topo, "Tú puedes ir bajo la tierra. Dime, ¿está mi madre allí?"

Y el Topo respondió, "Cegaste mis ojos. ¿Cómo debería saberlo?"

Le dijo al Jilguero, "Tú puedes volar sobre las copas de los altos árboles y puedes ver el mundo entero. Dime, ¿puedes ver a mi madre?"

Y el Jilguero respondió, "Has cortado mis alas por tu placer. ¿Cómo debería volar?"

Y al pequeño Ardilla que vivía en el árbol de abeto, y estaba solo, le dijo, "¿Dónde está mi madre?"

Y la Ardilla respondió, "Has matado a la mía. ¿Buscas matar a la tuya también?"

Y el Niño Estrella lloró y bajó su cabeza, y pidió perdón a las cosas de Dios, y siguió adelante por el bosque, buscando a la mujer mendiga. Y al tercer día llegó al otro lado del bosque y descendió a la llanura.

Y cuando pasó por los pueblos, los niños se burlaron de él y le lanzaron piedras, y los campesinos no le permitieron ni siquiera dormir en los establos por temor a que trajera moho al maíz almacenado, tan repugnante era su aspecto, y sus hombres contratados lo ahuyentaron, y no había nadie que tuviera piedad de él. Tampoco podía encontrar en ninguna parte a la mujer mendiga que era su madre, aunque durante el espacio de tres años vagó por el mundo, y a menudo parecía verla en el camino frente a él, y la llamaba y corría tras ella hasta que los pedregosos caminos le hacían sangrar los pies. Pero no lograba alcanzarla, y aquellos que vivían junto al camino siempre negaban haberla visto, o a alguien parecido a ella, y se burlaban de su dolor.

Durante el espacio de tres años vagó por el mundo, y en el mundo no había ni amor ni bondad ni caridad para él, pero era incluso tal mundo como él había hecho para sí mismo en los días de su gran orgullo.

Y una tarde llegó a la puerta de una ciudad fuertemente amurallada que estaba junto a un río, y, cansado y con los pies doloridos como estaba, intentó entrar. Pero los soldados que estaban de guardia cruzaron sus alabardas en la entrada, y le dijeron rudamente, "¿Cuál es tu negocio en la ciudad?"

"Estoy buscando a mi madre," respondió, "y os ruego que me permitáis pasar, pues puede ser que ella esté en esta ciudad."

Pero se burlaron de él, y uno de ellos, que tenía una barba negra, puso su escudo a un lado y gritó, "De verdad, tu madre no estará contenta cuando te vea, pues eres más feo que el sapo del pantano, o la víbora que se arrastra en el fango. Vete de aquí. Vete de aquí. Tu madre no vive en esta ciudad."

Y otro, que sostenía una bandera amarilla en su mano, le dijo, "¿Quién es tu madre, y por qué la buscas?"

Y él respondió, "Mi madre es una mendiga como yo, y la he tratado mal, y os ruego que me permitáis pasar para que ella pueda darme su perdón, si es que se encuentra en esta ciudad." Pero no quisieron, y lo picaron con sus lanzas.

Y, mientras se alejaba llorando, uno cuya armadura estaba incrustada con flores doradas, y en cuyo casco se posaba un león con alas, se acercó e hizo preguntas a los soldados sobre quién había buscado entrar. Y le dijeron, "Es un mendigo y el hijo de una mendiga, y lo hemos ahuyentado."

"No," él gritó, riendo, "pero lo venderemos como esclavo, y su precio será el de un cuenco de vino dulce."

Y un hombre viejo y de semblante malvado que pasaba por allí gritó, y dijo, "Lo compraré por ese precio," y, cuando había pagado

el precio, tomó al Niño Estrella de la mano y lo llevó dentro de la ciudad.

Y después de haber pasado por muchas calles llegaron a una pequeña puerta que estaba en una pared cubierta por un árbol de granada. Y el viejo tocó la puerta con un anillo de jaspe grabado y se abrió, y bajaron cinco escalones de bronce hacia un jardín lleno de amapolas negras y jarras verdes de arcilla quemada. Y el viejo sacó entonces de su turbante una bufanda de seda estampada, y con ella vendó los ojos del Niño Estrella, y lo llevó delante de él. Y cuando le quitaron la bufanda de los ojos, el Niño Estrella se encontró en un calabozo, que estaba iluminado por una linterna de cuerno.

Y el anciano le puso delante un poco de pan mohoso en un plato y dijo, "Come", y algo de agua salobre en una copa y dijo, "Bebe", y cuando había comido y bebido, el anciano salió, cerrando la puerta detrás de él y asegurándola con una cadena de hierro.

Y al día siguiente, el anciano, que era en verdad el más sutil de los magos de Libia y había aprendido su arte de uno que habitaba en las tumbas del Nilo, entró a verlo y frunció el ceño, y le dijo, "En un bosque cercano a la puerta de esta ciudad de Giaours hay tres piezas de oro. Una es de oro blanco, otra es de oro amarillo, y el oro de la tercera es rojo. Hoy debes traerme la pieza de oro blanco, y si no la traes de vuelta, te golpearé con cien azotes. Vete rápido, y al atardecer te estaré esperando en la puerta del jardín. Asegúrate de traer el oro blanco, o te irá mal, pues eres mi esclavo, y te he comprado por el precio de un cuenco de vino dulce." Y vendó los ojos del Niño Estrella con la bufanda de seda estampada, y lo condujo a través de la casa, y a través del jardín de amapolas, y subió los cinco escalones de bronce. Y habiendo abierto la pequeña puerta con su anillo lo puso en la calle.

Y el Niño Estrella salió de la puerta de la ciudad y llegó al bosque del cual el Mago le había hablado.

Ahora bien, este bosque era muy hermoso de ver desde fuera, y parecía lleno de pájaros cantores y de flores de dulce aroma, y el Niño Estrella entró en él con gusto. Sin embargo, su belleza poco le aprovechó, pues dondequiera que iba, duras zarzas y espinas surgían del suelo y lo rodeaban, y malas ortigas lo picaban, y el cardo lo pinchaba con sus dagas, de modo que estaba en gran angustia. Tampoco pudo encontrar en ninguna parte la pieza de oro blanco de la que el Mago había hablado, aunque la buscó desde la mañana hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta el atardecer. Y al atardecer puso su rostro hacia casa, llorando amargamente, pues sabía qué destino le esperaba.

Pero cuando había llegado a las afueras del bosque, oyó desde un matorral un grito como de alguien en dolor. Y olvidando su propio pesar corrió hacia el lugar, y vio allí a una pequeña Liebre atrapada en una trampa que algún cazador había puesto para ella.

Y el Niño Estrella tuvo piedad de ella, y la liberó, y le dijo, "Yo mismo soy pero un esclavo, pero aún así puedo darte tu libertad."

Y la Liebre le respondió, y dijo: "Ciertamente me has dado libertad, ¿y qué te daré yo a cambio?"

Y el Niño Estrella le dijo, "Estoy buscando una pieza de oro blanco, ni en ninguna parte puedo encontrarla, y si no la llevo a mi amo me golpeará."

"Ven conmigo," dijo la Liebre, "y te llevaré a ella, pues sé dónde está escondida, y para qué propósito."

Así que el Niño Estrella fue con la Liebre, y ¡he aquí! en la hendidura de un gran roble vio la pieza de oro blanco que estaba buscando. Y se llenó de alegría, y la cogió, y dijo a la Liebre, "El servicio que te hice tú me lo has devuelto muchas veces, y la bondad que te mostré tú la has pagado cien veces."

"No," respondió la Liebre, "pero como tú trataste conmigo, así traté contigo," y se alejó corriendo rápidamente, y el Niño Estrella se dirigió hacia la ciudad.

Ahora, en la puerta de la ciudad había sentado uno que era un leproso. Sobre su rostro colgaba un capucho de lino gris, y a través de las aberturas sus ojos brillaban como carbones rojos. Y cuando vio al Niño Estrella venir, golpeó un cuenco de madera, y agitó su campana, y le llamó, y dijo, "Dame una pieza de dinero, o debo morir de hambre. Pues me han expulsado de la ciudad, y no hay nadie que tenga piedad de mí."

"¡Ay!" gritó el Niño Estrella, "solo tengo una pieza de dinero en mi bolsa, y si no la llevo a mi amo, él me golpeará, pues soy su esclavo."

Pero el leproso le suplicó y le rogó, hasta que el Niño Estrella tuvo piedad y le dio la pieza de oro blanco.

Y cuando llegó a la casa del Mago, el Mago le abrió, lo hizo entrar y le dijo, "¿Tienes la pieza de oro blanco?" Y el Niño Estrella respondió, "No la tengo." Entonces el Mago se lanzó sobre él, lo golpeó, puso delante de él un plato vacío y dijo, "Come", y una copa vacía y dijo, "Bebe", y lo arrojó de nuevo al calabozo.

Y al día siguiente el Mago vino a él y dijo, "Si hoy no me traes la pieza de oro amarillo, te mantendré seguro como mi esclavo y te daré trescientos azotes."

Así que el Niño Estrella fue al bosque, y todo el día buscó la pieza de oro amarillo, pero en ninguna parte pudo encontrarla. Y al atardecer se sentó y comenzó a llorar, y mientras lloraba, vino a él la pequeña Liebre que había rescatado de la trampa.

Y la Liebre le dijo, "¿Por qué lloras? ¿Y qué buscas en el bosque?"

Y el Niño Estrella respondió, "Busco una pieza de oro amarillo que está escondida aquí, y si no la encuentro, mi amo me golpeará y me mantendrá como esclavo."

"Sígueme," gritó la Liebre, y corrió por el bosque hasta llegar a un estanque de agua. Y en el fondo del estanque yacía la pieza de oro amarillo.

"¿Cómo te agradeceré?" dijo el Niño Estrella, "pues ¡he aquí! esta es la segunda vez que me socorres."

"No, pero tú tuviste piedad de mí primero," dijo la Liebre, y se alejó corriendo rápidamente.

Y el Niño Estrella tomó la pieza de oro amarillo, la puso en su bolsa y se apresuró hacia la ciudad. Pero el leproso lo vio venir y corrió a su encuentro, se arrodilló y gritó, "Dame una pieza de dinero o moriré de hambre."

Y el Niño Estrella le dijo, "Solo tengo en mi bolsa una pieza de oro amarillo, y si no la llevo a mi amo, él me golpeará y me mantendrá como su esclavo."

Pero el leproso le suplicó tanto, que el Niño Estrella tuvo piedad de él y le dio la pieza de oro amarillo.

Y cuando llegó a la casa del Mago, el Mago le abrió, lo hizo entrar y le dijo, "¿Tienes la pieza de oro amarillo?" Y el Niño Estrella le dijo, "No la tengo." Así que el Mago se lanzó sobre él, lo golpeó, lo cargó de cadenas y lo arrojó de nuevo al calabozo.

Y al día siguiente el Mago vino a él y dijo, "Si hoy me traes la pieza de oro rojo, te dejaré libre, pero si no la traes, seguramente te mataré."

Así que el Niño Estrella fue al bosque, y todo el día largo buscó la pieza de oro rojo, pero en ninguna parte pudo encontrarla. Y al atardecer se sentó y lloró, y mientras lloraba, vino a él la pequeña Liebre.

Y la Liebre le dijo, "La pieza de oro rojo que buscas está en la caverna que está detrás de ti. Por lo tanto, no llores más sino alégrate."

"¿Cómo te recompensaré?" gritó el Niño Estrella, "¡pues he aquí! esta es la tercera vez que me has socorrido."

"No, pero tú tuviste piedad de mí primero," dijo la Liebre, y corrió rápidamente.

Y el Niño Estrella entró en la caverna, y en su rincón más lejano encontró la pieza de oro rojo. Así que la puso en su bolsa y se apresuró a la ciudad. Y el leproso, viéndolo venir, se paró en el centro del camino, y gritó, y le dijo, "Dame la pieza de dinero rojo, o debo morir," y el Niño Estrella tuvo piedad de él otra vez, y le dio la pieza de oro rojo, diciendo, "Tu necesidad es mayor que la mía." Sin embargo, su corazón estaba pesado, pues sabía qué destino malvado le esperaba.

Pero ¡he aquí! mientras pasaba por la puerta de la ciudad, los guardias se inclinaron y le hicieron reverencias, diciendo, "¡Qué hermoso es nuestro señor!" y una multitud de ciudadanos lo siguió, y gritó, "¡Seguramente no hay nadie tan hermoso en todo el mundo!" de modo que el Niño Estrella lloró, y se dijo a sí mismo, "Se están burlando de mí, y haciendo luz de mi miseria." Y tan grande era la concurrencia de la gente, que perdió los hilos de su camino, y se encontró al final en una gran plaza, en la cual había un palacio de un Rey.

Y la puerta del palacio se abrió, y los sacerdotes y los altos oficiales de la ciudad corrieron hacia él, y se abajaron ante él, y dijeron, "Tú eres nuestro señor por quien hemos estado esperando, y el hijo de nuestro Rey."

Y el Niño Estrella les respondió y dijo, "No soy hijo de ningún rey, sino el hijo de una pobre mujer mendiga. ¿Y cómo decís que soy hermoso, pues sé que soy malo de mirar?"

Entonces aquel, cuya armadura estaba incrustada con flores doradas, y en cuyo casco se posaba un león que tenía alas, alzó un escudo, y gritó, "¿Cómo dice mi señor que no es hermoso?"

Y el Niño Estrella miró, y ¡he aquí! su rostro era tal como había sido, y su hermosura había vuelto a él, y vio en sus ojos lo que no había visto allí antes.

Y los sacerdotes y los altos oficiales se arrodillaron y le dijeron, "Fue profetizado antiguamente que en este día vendría aquel que habría de gobernarnos. Por lo tanto, que nuestro señor tome esta

corona y este cetro, y sea en su justicia y misericordia nuestro Rey sobre nosotros."

Pero él les dijo, "No soy digno, pues he negado a la madre que me dio a luz, ni puedo descansar hasta que la haya encontrado y conocido su perdón. Por lo tanto, dejadme ir, pues debo vagar nuevamente por el mundo, y no puedo detenerme aquí, aunque me traigáis la corona y el cetro." Y mientras hablaba, giró su rostro de ellos hacia la calle que llevaba a la puerta de la ciudad, y ¡he aquí! entre la multitud que presionaba alrededor de los soldados, vio a la mujer mendiga que era su madre, y a su lado estaba el leproso, que había estado sentado junto al camino.

Y un grito de alegría brotó de sus labios, y corrió hacia ellos, y arrodillándose besó las heridas en los pies de su madre, y los mojó con sus lágrimas. Inclino su cabeza en el polvo, y sollozando, como uno cuyo corazón podría romperse, le dijo: "Madre, te negué en la hora de mi orgullo. Acéptame en la hora de mi humildad. Madre, te di odio. Dame amor. Madre, te rechacé. Recibe ahora a tu hijo." Pero la mujer mendiga no le respondió ni una palabra.

Y extendió sus manos, y abrazó los blancos pies del leproso, y le dijo: "Tres veces te di de mi misericordia. Pide a mi madre que me hable una vez." Pero el leproso tampoco le respondió ni una palabra.

Y volvió a sollozar y dijo: "Madre, mi sufrimiento es mayor de lo que puedo soportar. Dame tu perdón, y déjame volver al bosque." Y la mujer mendiga puso su mano sobre su cabeza, y le dijo, "Levántate," y el leproso puso su mano sobre su cabeza, y también le dijo, "Levántate."

Y se levantó de sus pies, y los miró, y ¡he aquí! eran un Rey y una Reina.

Y la Reina le dijo, "Este es tu padre a quien has socorrido."

Y el Rey dijo, "Esta es tu madre cuyos pies has lavado con tus lágrimas." Y se echaron a su cuello y lo besaron, y lo llevaron al palacio y lo vistieron con ropas hermosas, y pusieron la corona sobre su cabeza, y el cetro en su mano, y sobre la ciudad que estaba junto

al río gobernó, y fue su señor. Mucho mostró de justicia y misericordia a todos, y al Mago malvado lo desterró, y al Leñador y su esposa les envió muchos regalos ricos, y a sus hijos les dio alta honra. Ni permitía que nadie fuera cruel con ave o bestia, sino enseñaba el amor, la bondad amorosa y la caridad, y a los pobres les daba pan, y a los desnudos vestimenta, y había paz y abundancia en la tierra.

Sin embargo, no gobernó mucho tiempo, tan grande había sido su sufrimiento, y tan amarga la prueba de su fuego, pues después del espacio de tres años murió. Y el que vino después de él gobernó malamente.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [El niño estrella](#)
2. [El niño estrella](#)
3. [Oscar Wilde](#)